

El último mago o Bilembambudín

Elsa Bornemann

Ilustraciones de Pablo Bernasconi





www.loqueleo.santillana.com

© 1979, ELSA BORNEMANN
C/O GUILLERMO SCHAVELZON GRAHAM AGENCIA LITERARIA
www.schavelzongraham.com

© 2004, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4410-1

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: PABLO BERNASCONI

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Bornemann, Elsa Isabel

El último mago o Bilembambudín / Elsa Isabel Bornemann ; ilustrado por Pablo Bernasconi.
- 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

176 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4410-1

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Bernasconi, Pablo, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El último mago o Bilembambudín

Elsa Bornemann

Ilustraciones de Pablo Bernasconi

loquele_o

*A Nieves, a Wilhelmine,
mis dos abuelas extranjeras que no conocí
y de las que tanto me hicieron falta los cuentos
que seguramente me habrían narrado, si yo hubiera
tenido la dicha de crecer junto a ellas.*

HACE MUCHO...
NO HACE TANTO...

Ésta será una recopilación tardía de hechos que sucedieron *hace mucho tiempo* [si es que los sitúo de acuerdo con lo que señalan almanaques y relojes] y *no hace tanto* [si es que por fin me decido a ubicarlos en el largo momento de mi infancia cuando efectivamente sucedieron, en simultaneidad con *ese* momento de mi vida].

Dudé. Dudé y dudé antes de comenzar a escribir estos relatos de los que —a pesar de mis esfuerzos por rastrearlos— no encontré registro alguno en los clásicos anales¹ ni en los libros de historia. Ahora sé que sólo puedo confiar en mi propia memoria. Pero también sé que debo apurarme a escribir porque me estoy alejando cada vez más de aquella niña que fui y corro el riesgo de perderla definitivamente, junto con el nítido recuerdo de Bilembambudín.

¹ **Anales:** relaciones de sucesos por año.

No me lo perdonaría nunca: prometí contar lo que allí sucedió. A mis queridos amigos se les estará acabando la paciencia, debido a mi demora en hacerlo, y temo no volver a encontrarlos –ya– para explicarles la causa de la misma.

Tengo una deuda de lealtad con ellos: no respeté la consigna de no mostrar jamás a adulto alguno la “bolsita de cuero memorioso” que me dieron cuando nos despedimos. Si la hubiera cumplido, podría entonces narrar con fidelidad los hechos de los que fui parte y testigo, con sólo haberla abierto sobre la soledad de mi mesa de trabajo. La escondí celosamente durante años en el fondo del baúl de los juguetes, protegida de las miradas de los mayores por mi osito de felpa y las muñecas. “Los ojos de los niños no pestañean incrédulos ante la presencia de lo maravilloso...”, me dijeron una vez. Y era cierto.

Apenas transformada en una mujer, cometí el error de someterla al examen de importantes profesores de la Academia de Historia y otros científicos. En el mismo instante en que cortaron el cordel que sujetaba la abertura de la bolsa, millares de antiguas voces aullaron al unísono y una espiral de fuego la envolvió, hasta reducirla a un montoncito de cenizas.

CAPÍTULO I
EL ÚLTIMO MAGO

Mis tíos me habían llevado al teatro. De vestido nuevo, de esos que más bien parecen de cristal, tanto hay que cuidarlos cuando una es chica y está entre personas mayores. De zapatos con tiritas, nuevos también y –debido a lo mismo– antipáticos por lo rígidos, no importa cuánto brille su charol.

No me sentía muy cómoda que digamos, con el largo pelo castigado en dos prolijas trenzas y obligada a comportarme “como una señorita” durante tres horas de mis nueve años. Por eso, cuando el anunciador dijo que un mago saldría a escena hasta que se solucionara no sé qué problema que tenían con los decorados de la obra que se iba a representar, me sentí contenta.

Pero mis tíos no. Y la gente que colmaba palcos y plateas, tampoco.

Me di cuenta porque un murmullo de fastidio recorrió la sala.

El mismo murmullo que recibió al viejo mago Jeremías, en cuanto apareció sobre el escenario.

Sonriente bajo la galera que le sombrea -ba los ojos, exclamó, a la par que revoleaba la amplia capa negra:

—¡Distinguido público! ¡Damas y caballeros! ¡Esta tarde tendré el gusto de presentar a ustedes mi galera mágica! ¡Ya verán! Apenas la toco con mi varita, y... ¡Abracadabra! ¡Aquí tienen un conejo!

Y sí. De la galera apoyada sobre una mesa, el mago extrajo -en ese mismo instante- un gracioso conejito.

Me encantó.

Pero a mis tíos no. Y a las demás personas mayores que llenaban el teatro, tampoco. Tosecitas, carraspeos y susurros fueron la única respuesta al pase de magia, y mi aplauso fue interrumpido en la segunda palmada.

—¡Nena! ¡Shh! ¡No aplaudas! —me retó mi tía—. ¡Éste es un maguito de dos por cuatro!

“Dos por cuatro, ocho...”, pensé, pero el mago ya estaba tocando otra vez su galera con la

varita y lo que saldría de ella me interesaba mucho más que la tabla de multiplicar.

—¡Abracadabra! —y una interminable cola de pañuelos multicolores surgió a la vista de todos.

—Abracadabra —y cinco palomas.

—Abracadabra —y tulipanes.

—Abracadabra —y una sombrilla.

—Abracadabra —y un creciente zapateo comenzó a oírse por el teatro.

Pronto, se le agregaron silbatinas y pal-moteos. Y expresiones de gran disgusto:

—¡Hace media hora que nos aburren con este fantoche!

—¡Basta de tonterías!

—¡Vinimos a un teatro, no a una fiesta de cumpleaños!

—¡Que empiece la obra!

—¡Somos gente grande!

—¡Somos gente seria!

—¡Hace rato que dejamos de ser chicos!

Sin perder la compostura ni la sonrisa, Jeremías dijo entonces:

—¡Distinguido público, mi función ha concluido!

—¡Bien! ¡Que se vaya de una vez! —gritaron algunos.

Pero Jeremías continuó hablando:

—Les ruego que disculpen mi torpeza. Soy el último mago que se atreve a actuar para un público adulto. Adiós.

Y allí mismo volvió a tocar su galera con la varita:

—¡Abracadabra! ondas de fuego salieron del sombrero de copa.

Otro toque de varita y una enorme cabeza verde se asomó curiosa. Otro toque y un fantástico cuerpo de lomo dentellado emergió de la galera.

Otro toque más y más abracadabras y un gigantesco dragón sin alas saltó por fin sobre las primeras butacas de la platea, impulsando a todos los que las ocupaban a afinarse junto a las paredes.

Por primera vez en esa tarde, las bocas quedaron abiertas. Como los ojos. Ni palabras ni pestaños.

A un silbido del mago, el animal se echó mansamente a sus pies.

El viejo Jeremías lo montó entonces, tal como si fuera un tierno potrillito.

Nuevos movimientos de su varita y un camino verde como el dragón se desenrolló por la sala del teatro. Y con la varita le puso manchones de cielo por arriba y retazos de césped por abajo. Y árboles a los costados. Y pájaros en los árboles. Y una lunita en el fondo, bien a lo lejos, tanto o más luminosa que la que en ese momento empezaba a descolgar sus luces sobre las calles de la ciudad.

Y al encuentro de esa lunita inventada por él se fue Jeremías, montado sobre su fabuloso dragón.

Claro que los espectadores nunca supieron si logró alcanzarla. Porque el mago corrió el telón alrededor de sí y toda la escena desapareció —tan pronto como había aparecido— al grito de: ¡Diente de cabra!

En seguida y suavemente, el viento nos golpeó las caras con los nudillos de esa noche mágica.

Sí. *Nos* golpeó. A Jeremías y a mí. Porque yo también me trepé sobre el lomo del dragón y me fui con ellos.

De largas trencitas rubias y las rodillas al aire me fui.

Por eso, hoy –que ya soy tan grande como las personas que llenaban el teatro aquella tarde– puedo contarte esta historia.

